



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL
ILMO. DR. D. FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ
EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO
EN VIC (BARCELONA), EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2026

PASIÓN POR LA VERDAD

Excelentísimo Presidente de la Academia Hispanoamericana de Doctores,
Excelentísimos Miembros de la Academia,

Querría empezar mi breve alocución con una expresión de gratitud a la Academia por considerarme digno de poder formar parte de ella. Es un honor que agradezco y que asumo con gran responsabilidad. Querría también agradecer al Doctor Eudald Forment la confianza depositada en mí y su magisterio durante mis años de formación en la Universidad de Barcelona.

También deseo expresar públicamente mi gratitud a mi esposa, Carme, por su constante apoyo a mi labor intelectual. Sin ella, no habría podido desarrollar mi actividad como docente e investigador.

El ingreso en la Academia Hispanoamericana de Doctores constituye una ocasión privilegiada, un *kairós*, para reflexionar sobre la filosofía como pasión por la verdad. Eso es lo que me propongo en este breve espacio de tiempo.



La esencia del filosofar se desvela a través de su peculiar tensión dinámica hacia la verdad. La verdad es la expresión transparente de la realidad, la descripción de lo que es, libre de cualquier interés o enmascaramiento. Como señala Platón, lo que realmente interesa al filósofo es la verdad y, sin este *eros* por la verdad, no es posible la filosofía.

La verdad no se posee como se posee un objeto, una propiedad o una cosa. Todo filósofo lleva, en lo más oculto de su corazón, un escéptico en el sentido más genuino del término, un buscador. Busca la verdad, lo que son en sí mismas las cosas; rehúsa las falsas apariencias y los esquemas donde todo cuadra con facilidad. Huye de los tópicos, prejuicios y precomprensiones y trata de ir a las cosas mismas, como reza el lema husserliano, admitiendo la complejidad que incluye este viaje.

El filósofo aspira a conocer lo que son las cosas en sí mismas: lo que es el amor, la amistad, la muerte, el origen y el fin. Sabe que sus conocimientos son limitados; es consciente de sus límites y desea trascenderlos, cruzarlos para poder ensanchar su mente y su visión de la realidad.

Lo que define al filósofo es el anhelo de conocer la verdad. Ahí es donde radica la diferencia entre él y el sabio. No se reconoce a sí mismo como sabio, sino como alguien que aspira al conocimiento de la verdad. Este anhelo le lleva a la práctica de la sospecha, entendida como necesaria propedéutica frente a esos que plantean sus tesis como verdades probadas científicamente.

La sospecha es una actitud que se caracteriza por la duda metódica y por la voluntad de comprender las cosas por sí mismas. El filósofo sospecha de lo que se da ya por pensado y trata de examinar los problemas por sí mismos, poniendo en movimiento lo que se presenta como algo pétreo.



Este deseo de verdad es el motor de la actividad filosófica, la fuerza motriz que promueve la investigación de la naturaleza de las realidades, de sus causas y de su sentido.

El filosofar aparece como una querencia típica del ser humano, el cual por su misma naturaleza busca la verdad, como deseo natural de quien es capaz de asombrarse frente al cosmos y frente a su propia vida finita. La inteligencia estimulada por tal asombro le lleva al descubrimiento de horizontes de conocimiento siempre nuevos.

Sin el filosofar, por rudimentario que sea este, se produciría inevitablemente una despersonalización del ser humano, una mecanización y fosilización de su ser, quedando este reducido, finalmente, a una existencia meramente repetitiva, impropia de un ser llamado a la libertad.

Cada ser humano es, en cierto modo, un filósofo. De un modo u otro, se forma una visión global de la realidad y una respuesta sobre el sentido de su propia existencia. Con esta luz interpreta sus vicisitudes personales y orienta su vida.

Cuando uno filosofa, somete esta imagen provisional del mundo, de la historia, de Dios y de sí mismo a un análisis crítico con el fin de depurarla racionalmente y de examinar su consistencia y su fundamentación. Somete a interrogación sus propias creencias, convicciones y valores, pero ello, en lugar de convertirle en un cínico, le conduce a indagar más profundamente lo que le sostiene.

La filosofía es lo que permite a la persona ser libre, consciente de su destino y de conducir su propia vida de un modo autónomo, en el sentido de ser auténticamente dueño de sus propios actos. Toma distancia de la realidad, del conjunto de mitos y de representaciones que sustentan su vida, de sus convicciones más arraigadas, y esta toma de distancia le permite decidir por sí mismo, ser plenamente autónomo. Esta toma de distancia es obra, como dice



Max Scheler, del espíritu (*das Geist*), que le hace trascender la realidad y le confiere un lugar especial en el cosmos.

El conocimiento filosófico constituye una posición fundamental de la mente humana. La investigación filosófica se encuentra al inicio de toda investigación teórica sistemática, pues es la posición básica de la mente humana despierta y atenta a la inmensidad de lo real.

La sed filosófica es de naturaleza elemental, se encuentra profundamente arraigada en el corazón del ser humano, se fundamenta en la tarea humana de penetrar, mediante el conocimiento, en la realidad. El ser humano, movido por esta sed, experimenta el ardiente deseo de penetrar en la realidad y luego abrazarla amorosamente.

El centro mismo de este *eros* filosófico es la añoranza de la verdad, de la unidad, de la belleza, de la bondad. Escribe la gran filósofa María Zambrano: “El filósofo busca porque se siente incompleto y necesitado de completarse, porque siente su naturaleza alterada y quiere conquistarla”¹. Subsiste en él la nostalgia de una unidad perdida, de una totalidad fracturada que desea recomponer, visitar el paraíso perdido. El filosofar conduce al ser humano al recuerdo y le libera de toda supuesta autarquía.

En efecto, la experiencia de la indigencia constituye el motor principal de la actividad filosófica. El filósofo se reconoce como un ignorante, como alguien que no sabe, pero que desea saber. Esta consciencia de la carencia es la verdadera causa eficiente del filosofar, lo que pone en movimiento al pensador. Por ello, al filósofo le son inherentes dos virtudes: la humildad, por un lado, que le faculta para reconocer sus límites; y la esperanza, por otro, que le abre la fe en el conocimiento.

Investigar cómo suceden los fenómenos, cómo se miden los resultados a partir de variables observables, da una importante aproximación al cómo acontece el quehacer humano, su

¹M. ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, FCE, México, 1983, p. 63.



mundo y su cultura, pero investigar las raíces más hondas que dan un sentido pleno a nuestro estar en el mundo requiere de un planteamiento más profundo, más radical, requiere, en definitiva, de un planteamiento que remita a la esencia misma de las cosas y de lo humano por excelencia: su capacidad de pensar.

Como afirma Josef Pieper, “filosofar significa reflexionar sobre la totalidad de lo que nos aparece, con vistas a su última razón y significado”². Y concluye que el “filosofar, así entendido, es un empeño razonable e incluso necesario, del que no se puede en modo alguno dispensar el hombre que verdaderamente vive en el espíritu, o sencillamente, piensa”³.

Gracias por su atención.

²J. PIEPER, *Defensa de la filosofía*, Herder, Barcelona, 1989, p. 12.

³Ibídem.